

LITERATURA
PARA CONSTRUIR LA NACIÓN
Estudios sobre historiografía literaria en España
(1779-1850)

Mercedes Comellas (coord.)

ÍNDICE

La historia literaria en movimiento. Direcciones y contornos del discurso historiográfico entre la Ilustración y el Romanticismo <i>Mercedes Comellas</i>	9
--	---

I.

COORDENADAS: CONCEPTOS Y LÍMITES

Los inicios de la historiografía literaria española: estado de la cuestión <i>Leonardo Romero Tobar</i>	33
La poética y la retórica en las primeras historias literarias españolas (Aproximaciones a un mapa disciplinar) <i>Rosa María Aradra</i>	43
Apuntes para una historiografía literaria peninsular: de la matriz nacional al ovillo ibérico <i>Santiago Pérez Isasi</i>	75

II.

CONTORNOS: CARACTERIZACIONES, PERIODOS Y VOCES

La larga marcha a la Edad Media: poesía y cultura nacional en el Siglo de las Luces <i>Edward Baker</i>	101
--	-----

España y la historia de la literatura según el primer hispanismo alemán <i>Carmen Calzada Borrallo</i>	129
Historia literaria y relatos de viaje a España: Notas para su consideración como género historiográfico entre la Ilustración y el Romanticismo <i>Manuel Contreras Jiménez</i>	163

III.

LAS PLUMAS: HISTORIADORES
Y AUTORES LITERATOS

La construcción del canon poético en los ensayos de Manuel José Quintana <i>Rodrigo Olay Valdés</i>	203
Bellezas y desaciertos: Gil y Zárate y el sustrato árabe de la literatura nacional en la España liberal <i>Xavier Andreu-Miralles</i>	233
Lecciones de Alcalá Galiano en el Ateneo de Madrid. Una mirada cultural a la literatura europea del siglo XVIII <i>Raquel Sánchez</i>	275
Historiografías románticas de autor. La historia como estrategia y argumento de las nuevas poéticas <i>Mercedes Comellas</i>	305

IV.

PERSONAJES: EL CID

Nacionalismo, literatura, historiografía: el Cid en los siglos XVIII y XIX <i>Isabel Román Gutiérrez</i>	345
---	-----

LA HISTORIA LITERARIA EN MOVIMIENTO.
DIRECCIONES Y CONTORNOS
DEL DISCURSO HISTORIOGRÁFICO
ENTRE LA ILUSTRACIÓN Y EL ROMANTICISMO

Mercedes Comellas
(Universidad de Sevilla)

Cuando en las postrimerías de la Ilustración la literatura se encontró con la historia, comenzó su carrera disciplinar. Dejaría de ser un centón de materiales poéticos inarticulados para someterse a un orden narrativo que le confería también consistencia orgánica, sentido, trayectoria e, incluso, una finalidad. Desde entonces, el estudio del hecho literario no ha podido prescindir de la historia sin perder sus coordenadas más reconocibles y, sin embargo, necesitadas de cuestionamiento. El examen de esta armazón narrativa implica penetrar en los cimientos de la disciplina, revisar su fábrica y la intención con la que se fue forjando al calor de un enmarañado amasijo de intereses en los que se reunieron ingredientes políticos, sociales, culturales o religiosos. La complejidad de su análisis ha sido probablemente una de las razones de que la Historiología e Historiografía hayan sido, y en parte continúen siendo hoy, las «asignaturas pendientes» de los estudios literarios, en expresión de Pozuelo Yvancos (2000: 53). O de que, durante casi todo el siglo xx, las configuraciones históricas convencionales siguieran aceptándose «con extraña parsimonia intelectual, como si de cosas o *faits accomplis* se tratara» (Guillén, 1989: 363), sin que se diera la necesaria reflexión sobre su articulación, coyunturas, base epistemológica, o incluso sobre las denominaciones en que se apoyaba, y que aún continúan empleándose y pasando de unos estudiosos a otros como si se impusieran por sí mismas (Pozuelo Yvancos, 2000: 52). Hoy en día, las preguntas sobre los principios básicos de la historiografía, los recursos narrativos que emplea,

la manipulación interesada de sus puntos de vista y la inestabilidad temporal de sus parámetros continúan exigiendo atención y estudio, a riesgo de que esta rama de los estudios literarios se desligue del árbol disciplinar y quede atrasada respecto de las nuevas tendencias críticas que han hecho crecer extraordinariamente la teoría o el comparatismo.

Así ocurrió en los años sesenta y setenta, cuando tras un largo periodo de crisis metodológica, los derroteros de la disciplina fueron examinados internacionalmente. En otoño de 1970, la revista *New Literary History*, publicada por la Johns Hopkins University Press, sacó un monográfico con el título *Is Literary History Obsolete?* Lo encabezaba un artículo de Hans Robert Jauss, «Literary History as a Challenge to Literary Theory», para no dejar duda de que los planteamientos teóricos estaban haciendo profunda mella en la historiografía literaria y obligando a una profunda revisión de la misma. Ese mismo año, Jauss había publicado *Literaturgeschichte als Provokation*. En 1973, René Wellek se planteaba con inquietud el declive e incluso la muerte de la historia literaria, y todavía en 1985, según afirmaba Gebhard Rusch, la reflexión teórica en el campo seguía sin superar el nivel de los debates de los siglos XVIII y XIX (1985: 257). Sin embargo, para entonces ya habían despuntado algunas propuestas de renovación bajo la influencia de la crítica de la ciencia histórica, de la teoría de la literatura y de los propios historiadores de la literatura. Se empezaron a cuestionar conceptos, modelos, límites, géneros, teorías, métodos selectivos de materiales, canonización, cronología y periodización, la subjetividad y la parcialidad de las valoraciones, poniendo todo ello al descubierto las insuficiencias, incertidumbres y vaguedades que ahogaban los planteamientos de la ciencia. Había que repensar la historia literaria desde la teoría y en diálogo con ella (como propone el título de Hutcheon y Valdés, 2002), so pena de perderla en ese pasado que era su campo de trabajo.

Tras la profunda renovación de los estudios históricos y la influencia del Nuevo Historicismo o la *Nouvelle Histoire*, nadie duda de que el pasado es una construcción intelectual y la historia un medio para la configuración de un imaginario comunitariamente inteligible y una identidad asentada en el ayer. Esa certidumbre ha llevado a un importante proceso de escrutinio de la historiografía literaria, sobre todo desde que la crítica recuperó la perspectiva histórica como enfoque inexcusable desde el que reflexionar sobre el hecho literario. En 1980, Frank Lentricchia presentaba

las nuevas tendencias posestructuralistas bajo el significativo título de «La historia o el abismo» (1997: 155-204). Además, la revisión del canon promovida por las recientes corrientes críticas implicaba también, necesariamente, la de los diseños historiográficos que le habían servido de asiento. Si, como afirmaba Louise Bernikow (1974: 3), la historia literaria se apoya sobre un registro de selecciones (cuáles son los escritores que sobreviven a su tiempo depende de quién se fijó en ellos y decidió dejar constancia), de la misma manera puede decirse que se construye como una narrativa —en la mayoría de los casos, de ambición nacionalista— que elige, en función de determinados intereses, una manera de contar sus derivas y evolución (Harrington, 2005: 208-209; Mainer, 2006: 201-202; Pérez Isasi, 2014: 914-916). Y es que, para construir su identidad cultural, las sociedades han necesitado forjar esas historias literarias (Valdés, 2002: 80). Según David Perkins, que llega a preguntarse por la respetabilidad intelectual de la disciplina en su *Is Literary History Possible?*, esa es su función principal: crear «ficciones útiles sobre el pasado» (1992: 182). En un trabajo posterior, el mismo Perkins compara la historia literaria con una mina de oro en cuanto pueden encontrarse con facilidad nuevas vetas e interpretaciones, y escribirse, por lo general, sin un gran esfuerzo intelectual (Perkins, 1995: 63). A pesar de esta cínica apertura de sus páginas, concluye que, incluso convencido de sus limitaciones, sigue contento de participar en esa «fiebre del oro» (67-68); siempre, claro está, que le ilumine la clara consciencia de la dimensión contextual de cualquier modo de historia literaria: tanto la pasada de moda como la más actual. Esto es, la ingenuidad de las antiguas certezas se ha visto puesta en entredicho con el cuestionamiento sobre las posibilidades de categorización, evaluación y selección (Gies, 2004: 275), y las viejas etiquetas han empezado a considerarse, más que categorías temporales, sistemas culturales ideacionales que no deben usarse en sentido restrictivo (Valdés, 2002: 69) ni tampoco ignorando su proceso de construcción. Y es que, como bien señala Fernández Sebastián para el caso de la disciplina histórica, la acuñación de conceptos analíticos (como *liberalismo*, *socialismo* o *colonialismo*) implica con frecuencia la proyección de un marco intelectual y normativo sobre el pasado, con intención de iluminarlo.

Esta operación exporta repetidamente a las formaciones sociales pretéritas ciertas pautas de inteligibilidad —incluyendo a veces criterios de periodización historiográfica— y juicios morales no siempre congruentes con los marcos descriptivos y evaluativos que los actores de dichas sociedades se daban a sí mismos. Se enuncian así continuidades improbables y reevaluaciones drás-